

DIÁLOGO INTROSPECTIVO. Por Guillermo Monsanto
Carlos Mérida, Pepo Toledo, Rodrigo Santa Cruz Anchissi, Paulo Alvarado (músico).

Dos sólidos artistas exponen, temporalmente, en la Sala Nacional “Carlos Mérida” del Banco de Guatemala. Pepo Toledo y Rodrigo Santa Cruz Anchissi han propiciado un encuentro que, por la naturaleza vibrante de sus respectivos trabajos, se amarró espontáneamente al mural “Sacerdotes danzantes mayas”. De este modo se dio un afortunado diálogo estructural entre sus creaciones esencialmente escultóricas y la de Carlos Mérida. Dimensión que, al contemplar elementos relativos al ritmo, desembocó en una ampliación sensorial del guión museográfico, encontrando su mejor eco en la música de Paulo Alvarado.

Guiones como el presente no se originan todos los días. Los curadores no siempre tienen la suerte de encontrar obra, cuya verticalidad sostenga su discurso desde la amplitud de valores estéticos tan definidos. El adeudo plástico de los convocados –Toledo y Santa Cruz Anchissi– es fruto del compromiso que ambos, con total independencia el uno del otro, mantienen con sus respectivas indagaciones: hacer arte consecuente con su formación y experiencia de vida. En otras palabras, trabajan con emancipación consciente de los cánones requeridos por los gestores de moda. Sus disquisiciones, se insiste, poseen génesis e inquietudes diferentes, pero se forjan desde la rigurosidad del proceso. Éste, entendido como sumario de acciones formales en donde se puede identificar una primera confluencia entre disertaciones creativas de cada uno. Y en este ejercicio, el de la creación, es que uno y otro consiguen hacer obras (incluyendo las seriadas) que no pierden su carácter de únicas; de originales. Ellos, en la soledad de su laboratorio, dan matiz a sus logros. El objeto terminado, como resultado final de la idea, cuya belleza incita a la apreciación.

El internacional Pepo Toledo abstrae. Da valores diversos al color y a las formas. Economiza en lo que sobra y magnifica sutilezas. El ojo (y las circunstancias del entorno) se encargan de potenciar valores implícitos, dimensionados desde la experiencia del que evalúa su trabajo como público. Este protagonista propone teorías que desarrolla ampliamente y de cuyas conclusiones nacen nuevas obras. Con ellas plantea hipótesis que le llevan a otros hallazgos y argumentaciones. No descansa. Es inquieto en todas las manifestaciones que asume.

No se identifican en sus concepciones limitaciones espaciales. Incluso las estructuras que podrían no haber sido pensadas para la monumentalidad, tienen posibilidades de crecer hasta donde la tecnología y la imaginación lo permitan. Quizá la generosidad que le caracteriza como ser humano se extiende a su arte visual. En esta exposición, principalmente, se puede apreciar esa proyección abierta a la perspectiva, la distancia, lo dinámico. Como corolario, el juego que la luz, artificial o natural, pueda aportarle a los objetos que, salidos de sus manos, se perciben como cambiantes. Esto provoca que las siluetas sean entendidas de diferentes modos. En él lo cinético podría coexistir de forma implícita.

Toledo, lo mismo pasa con Santa Cruz Anchissi, no es un constructivista aleatorio. La producción del primero surge de la estética que las formas le proporcionan. Las estudia, las abstrae, las concibe y las expresa sin copiarlas. Tampoco las inventa, siempre hay una

referencia que ha sabido sublimar a la máxima expresión. Toma lo esencial, su impronta, sin robarles el hálito. Los símbolos, luego, evolucionan sobre la mesa de dibujo, la computadora o los otros recursos metodológicos a su alcance. En gran parte de su manufactura escultórica se localiza a la línea como protagonista principal de expresión. Misma que hace aterrizar la forma en lo tridimensional. O sea, la prepara para ser vista desde múltiples sitios. Su génesis parte del análisis del sujeto al que otorga, durante el procedimiento, valores dinámicos. Sus esculturas son una evolución lógica de la corriente modernista y por ello es que existe el diálogo con Mérida y otras figuras de la “generación del cuarenta”. No desprecia los elementos formales y esto redundando en la contundencia de su lenguaje expresivo. Es por lo anotado que Toledo no utiliza lenguajes subjetivos. De allí que sus piezas públicas funcionen en culturas tan diversas como la holandesa, la norteamericana o la mexicana, solo para citar tres ejemplos.

La obra de Pepo Toledo, sin Pepo Toledo, se sostiene por sí sola. Es el resultado de una amplia teorización, sí. Pero al estar finalizada, o sea conclusa, no necesita de la amplia disquisición que muchos autores contemporáneos utilizan para intentar hacer entender su trabajo. Se puede apreciar en ellas la seguridad y energía que las sustenta como lo que son, efigies. La línea que las dibuja no las encierra, al contrario. Pareciera que determina la frontera entre el bulto como objeto y su proyección como parte del espacio que ocupa. Irradian. No son masivas, son expresivas. Volátiles, ligeras y, al mismo tiempo, sólidas.

Sin embargo, es imprescindible regresar a la teorización de lo espacial para dejar un registro. Toledo, como un científico del arte, ha llegado ya a proponer desde un quinto espacio, el virtual. En lo físico, en los planos principales y secundarios, aprovecha decenas de puntos de fuga que le permiten una expansión que supera la dimensión misma del objeto. De allí que su obra pueda ser percibida, incluso, como si fuera energía. Posee un ritmo particular y con él, la vibración necesaria para tocar los sentidos de quien tenga la sensibilidad de percibirlos. Pueden ser escenografía, como ya pasó en la puesta en escena del Santo de Fuego, de Mario Monteforte Toledo, en donde su trabajo inerte, pero simbólico, tomó un rol fundamental dentro de la obra. También puede ser parte del paisaje. Funcionan en interiores y exteriores. Determinan, sin ser instalaciones, el lugar en que se encuentren.

Rodrigo Santa Cruz Anchissi elabora su discurso desde otro laboratorio. De allí que es imposible, bajo ningún concepto, confundir sus trabajos con los de Toledo y viceversa. Sin embargo, tienen algunos parentescos. En Santa Cruz hay un desarrollo obsesivo de las ideas a partir de la exhaustiva depuración de las formas. No se trata de una síntesis. Es más bien, el dominio absoluto de patrones estructurales para crear una expresión regulada, hasta la última consecuencia, en la que no cabe ningún tipo de caos. El autor busca el equilibrio en el orden lineal y milimétrico de las formas. Hay rigor. Para él este precepto de orden, se percibe fácilmente, determina su entendimiento personal de la belleza y la felicidad. Otra cosa heriría su necesidad de control.

Y acá hay una enorme diferencia con Pepo Toledo. Este último es orgánico, su concepción se nutre de la energía que explota y se expande más allá de lo posible. Santa Cruz desdeña ese valor dinámico y con ello se decanta por lo abstracto geométrico buscando una voz, un lenguaje, que no permitan descubrir a Santa Cruz como ente ejecutor de la obra. Actitud

probablemente heredada de su maestro Daniel Schafer, el estudio a conciencia del legado tardío de Carlos Mérida y su conexión con el diseño. Quizá, también, el contacto con la obra de Luis Díaz. Todos, incluidos Santa Cruz, también deudores del movimiento modernista guatemalteco. Es por eso que su obra no posee esa locución efímera tan característica en los artistas emergentes en boga.

Entonces, debe entenderse su aparente inhibición como un paso determinante en el desarrollo de su lenguaje creativo. Él analiza cada elemento constitutivo quitándole el valor emotivo. Y ojo, en el procedimiento, que es tan importante como el resultado final, hay un juicio equilibrado que nace desde su experiencia humanista/profesional como psicólogo. Es como si sometiera cada uno de sus trabajos a un método psicométrico para evaluar debilidades y fortalezas, eliminando las emociones físicas para sustituirlas por las metafísicas.

Los dos son obsesivos en diferentes campos. Mientras Toledo produce decenas de obras que resuelve constantemente en diversidad de soportes, Santa Cruz decanta las suyas convirtiéndolas en problemas por disipar. Toda su intención pareciera determinada a llegar a un punto final y sin retorno. Son obras resueltas y por ende no hay manera de seguir evolucionando a una nueva variación. Las concibe como únicas, como si fueran sus pacientes clínicos. Salvo la posibilidad de crear una escultura seriada, su desvelo se centra en lo finito. Es allí en donde, también, encuentra la normalidad como fuente de equilibrio personal. Sentir que no ha terminado algo le llevaría por el calvario de las incertidumbres.

Si se pensara en el trabajo de Rodrigo Santa Cruz Anchissi como música ¿dónde podría encajar? Cuesta un poco determinar si existe en su entendimiento rítmico del orden un ascendente neoclásico puro o encaja en los movimientos abstractos de los años treinta en la Europa de la posguerra. El material que presenta en esta exhibición es abstracto y geométrico, pero posee un equilibrio y con él un orden ineludible. Es pulcro. La mayoría de las obras denotan una estética en la que el compás está calculado en la medida de lo justo. No hay explosión, aunque el pigmento les suma valor e intensidad a las estructuras. A diferencia de Toledo, ha eliminado toda teorización del trabajo, quedándose él fuera de cualquier relación con su público. Como psicólogo está acostumbrado a observar, pero no le gusta que lo observen a él.

En resumen. Ambos trabajan con pigmentos planos, sin matices. En su material de trabajo también encuentran coincidencias. Sus fuerzas dialogan desde las individualidades y desde ellas es que se fusionan, temporalmente, con el mural de Carlos Mérida y viceversa. Dos escultores del presente visitan un trabajo concebido poco más de cincuenta años atrás. Interesante, sin deberle nada al gran maestro, cada uno en su realidad y con trabajos de contundencia innegable.

Alvarado es la bisagra del encuentro. Un afortunado medio conductor cuya presencia traduce los valores plásticos en música. Define, desde otra perspectiva artística, la esencia existente en la obra de los dos expositores y el espacio anfitrión con esa obra sublime de Carlos Mérida. Es Alvarado ese vínculo que remata la línea vital del guión museográfico. Su música, inspirada en su sentimiento, propone una lectura alternativa creando el

escenario propicio para una acción artística que sume a la contemporaneidad de esta reunión.

Esta muestra, que está fuera del ámbito comercial, pondera lo creativo. Es una exhibición para visitar, observar, analizar, profundizar y lo más importante, para celebrar el arte como un ejercicio de conciencia. Los autores involucrados son profesionales y, como tales, obtuvieron su pase para ser honrados en la prestigiosa Sala Nacional de Exposiciones Carlos Mérida. Ellos, por su parte, dan soporte con su obra al renombre de la misma. Es por ello el interés de este registro. Dejar noticia de un acontecimiento que debe quedar inscrito, por su vitalidad, en la historia del arte contemporáneo de Guatemala.